

El realismo inscriptor de Stendhal en *Rojo y negro*

Miguel Amores Fúster¹

Recibido: 15/12/2021 / Aceptado: 15/07/2022

Resumen. Stendhal está considerado uno de los primeros grandes escritores realistas europeos porque su escritura adelantó rasgos que posteriormente se convertirían en prototípicos de dicha escuela decimonónica. Aquí reivindicaremos este carácter realista pionero, aunque desde una perspectiva diferente. A través de los conceptos de “documentalidad” de Ferraris y de “gubernamentalidad liberal” de Foucault se defenderá que Stendhal es realista también por el modo en que su narrativa (nos limitaremos a *Rojo y negro*) reproduce los nuevos modos de establecimiento de la realidad social del siglo XIX. Partiendo de la tesis de Ferraris de que la realidad social se construye en buena medida por la acumulación de actos inscritos, defenderemos que el realismo stendhaliano se concreta también en el modo en que su prosa refleja un mundo ya plenamente capitalista en el que lo real se construye cada vez en mayor medida en función de documentalidades de tipo económico-administrativo en detrimento de las tradicionales, de raíz metafísica.

Palabras clave: Stendhal; realismo literario; documentalidad; gubernamentalidad liberal.

[fr] Le réalisme porteur de Stendhal dans *Le rouge et le noir*

Résumé. Stendhal est considéré comme l'un des premiers grands écrivains réalistes européens, car son écriture présente des caractéristiques qui sont plus tard devenues les prototypes de cette école du XIX^{ème} siècle. Dans cet article, nous revendiquons ce caractère réaliste pionnier, mais sous un angle différent. À travers les concepts de « documentalité » de Ferraris et de « gouvernementalité libérale » de Foucault, nous soutiendrons en effet que Stendhal est un auteur réaliste aussi par la manière dont son récit (nous nous limiterons au roman *Le rouge et le noir*) transmet les nouveaux modes d'établissement de la réalité sociale au XIX^{ème} siècle. Prenant appui sur la thèse de Ferraris selon laquelle la réalité sociale est en grande mesure construite par accumulation d'actes inscrits, nous soutiendrons que le réalisme stendhalien apparaît aussi dans la manière dont la prose reflète un monde déjà pleinement capitaliste dans lequel le réel se construit de plus en plus en fonction de documentalités de type économique-administratif au détriment des traditionnelles, ancrées dans le domaine métaphysique.

Mots clés : Stendhal ; réalisme littéraire ; documentalité ; gouvernementalité libérale.

[en] Stendhal's Inscribing Realism in *Le rouge et le noir*

Abstract. Stendhal is considered one of the first great European realist writers because his novels advanced some literary features that later become prototypical of nineteenth-century realism. Here we will vindicate Stendhal's pioneering realist character, but from a different perspective. Through the concepts of “documentality” (Ferraris) and “liberal governmentality” (Foucault) it will be defended that Stendhal is a realistic writer also because of the way in which his texts (we will focus on *Le rouge et le noir*) reproduces the new ways of establishing social reality in 19th century. Starting from Ferraris's thesis that social reality is largely constructed by the accumulation of inscribed acts, we will argue that Stendhal's realism can be also identified by the way *Le rouge et le noir* reflects an already fully capitalist world in which reality is built more and more on the basis of economic-administrative documentalities to the detriment of traditional, metaphysical-based ones.

Keywords: Stendhal; literary realism; documentality; liberal governmentality.

Sumario. 1. Introducción. 2. El realismo de Stendhal. 3. Documentalidad y gubernamentalidad liberal. 3.1. Documentalidad. 3.2. Gubernamentalidad liberal. 4. El realismo inscriptor de Stendhal. 4.1. Los oficios de Stendhal como inscriptor de realidades. 4.2. Incripciones realistas en *Rojo y negro*. 5. Conclusiones.

Cómo citar: Amores Fúster, M. (2022). “El realismo inscriptor de Stendhal en *Rojo y negro*”. *Thélème. Revista Complutense de Estudios Franceses*. Vol. 37, Núm. 2 : 225-233. <https://dx.doi.org/10.5209/thel.79385>

¹ Universidad de Salamanca, amoresfuster@usal.es

1. Introducción

La mayoría de los manuales de historia literaria sitúan a Henri Beyle, *Stendhal*, como el primer gran autor realista europeo. Se trata de una consideración de la historiografía literaria bien establecida desde hace más de un siglo², por más que esto obligue a asumir la existencia de una serie de particularidades de la escritura del autor que lo alejan de algunos de los rasgos del realismo literario canónico (ver apartado 2). Todo ello es especialmente aplicable a *Rojo y negro* (1830), considerada junto a *La cartuja de Parma* (1839) la gran novela del autor.

El objetivo de este artículo es indagar en esta vertiente realista pionera de Stendhal. Sin embargo, la novedad que pretendemos aportar aquí a una cuestión tan ampliamente estudiada radica en que partiremos de unas premisas muy diferentes a las habituales. Nuestro análisis no seguirá el esquema de la mayoría de textos que exploran la vertiente realista de Stendhal, es decir, no nos centraremos en el modo en que la escritura del autor adelanta los rasgos literarios que unas décadas más tarde, durante la segunda mitad del siglo XIX, se harían habituales entre los distintos autores realistas europeos y americanos. Además de ello, aquí se defenderá que el realismo del autor también se cifra en el modo en que su narrativa supo reflejar fielmente el nuevo régimen de documentalidad (ver punto 3) sobre el que se fundamentaba la sociedad postrevolucionaria; una sociedad cada vez más sometida a las lógicas economizantes del capitalismo moderno, y por tanto cada vez más alejada del tipo de documentalidad que había sustentado la sociedad estamental previa a 1789. Así, partiremos de la premisa de que Stendhal fue un pionero del realismo literario no solo por haber reflejado de forma minuciosa la realidad en sí, sino también por haber sabido reflejar los nuevos procesos de documentación e inscripción social que articulaban la realidad social de su tiempo.

Para ello nos apoyaremos en los conceptos de *gubernamentalidad liberal*, de Michel Foucault, pero sobre todo en el de *documentalidad*, del filósofo italiano Maurizio Ferraris. A través de estas nociones se intentará demostrar que buena parte del realismo de *Rojo y negro* consiste en su descripción ficcional de una sociedad cuya realidad estaba dejando de estar articulada por documentalidades de raíz metafísica (genealogías de nobleza, preceptos religiosos, etc.) y cuyo fundamento principal comenzaban a ser documentos de tipo económico-administrativo (balances contables, contratos, etc.), cuyo sustrato último era puramente materialista.

De forma complementaria, además, defenderemos que la tradicional consideración de Stendhal de primer gran autor realista se debería a que a lo largo de toda su vida fue un testigo de excepción de este proceso de transformación social. Y es que, a pesar de su odio por los oficios burocráticos, de su aristocratismo espiritual y de todas las ínfulas artísticas de las que hablan los biógrafos del autor, lo cierto es que todos y cada uno de los empleos que desempeñó Stendhal a lo largo de su vida (oficial de intendencia, administrativo comercial, cónsul... ver apartado 4.1) consistieron en la elaboración de este tipo de documentos económico-administrativos que construían y daban carta de naturaleza a la nueva realidad social.

2. El realismo de Stendhal

Queremos comenzar este apartado aclarando que, cuando en este texto hablemos de *realismo*, nos estaremos refiriendo a dicha palabra en un sentido historiográfico limitado. Haremos referencia a la concepción que de dicho concepto se tenía en el siglo XIX, y no a la confusa maraña conceptual que posteriormente ha concitado el término en sus múltiples vertientes teóricas³. De este modo, entenderemos aquí por *realismo* ese empeño general propio de ciertos autores y corrientes del siglo XIX de reflejar de forma fiel una realidad sometida a las intensas transformaciones políticas, económicas y sociales de la época. Este realismo, que Villanueva califica como “realismo genético”⁴ (2015: 6), se habría traducido además en rasgos concretos como la elección de un estilo generalmente sencillo y descriptivo, la adopción de visiones materialistas sobre la sociedad, la presencia de lo trivial, lo cotidiano y tedioso en las historias, la existencia de cierta voluntad cientificista e incluso enciclopedista en lo narrado... Sin embargo, más allá de esta voluntad de correspondencia fiel entre el texto y el mundo exterior, con sus correspondientes elecciones

² Sostiene Becker (1967: 5) que uno de los movimientos fundamentales para el establecimiento teórico del realismo literario desde mediados del siglo XIX fue la reivindicación de una serie de autores anteriores (Diderot, Restif de la Bretonne, Stendhal, Balzac, etc.) como precursores de esta nueva estética. Una de las reivindicaciones más destacadas a este respecto fue la que realizó Zola en su obra *El naturalismo en el teatro* (1881).

³ La dificultad fundamental que concita el término *realismo* radica en la complejidad (o incluso en la imposibilidad) de definir en términos precisos e inequívocos qué y cómo es esa realidad que se pretende representar fielmente. Se trataría, por tanto, de un problema ontológico y cultural de tipo general antes que algo limitado al ámbito de la crítica literaria. En lo relativo a esta, sin embargo, Villanueva (2004: 28 y ss.) destaca otro motivo central de la ambigüedad del término *realismo*, y que sería consecuencia de la confusión y solapamiento de tres de sus significaciones básicas: el realismo como escuela histórica supranacional surgida durante el siglo XIX; el realismo como concepto estético general, no limitado a lo literario y ni siquiera al ámbito artístico, que en mayor o menor medida se habría dado en todas las épocas, y que podría definirse como la imitación fiel de la realidad exterior; y el realismo como mecanismo estructural de representación, muy identificado con el dispositivo mimético, y cuya transversalidad se debería a que los textos significan en virtud de la imitación que operan (una imitación que reconocible en virtud su semejanza con lo real, esto es, con su *realismo*). En este sentido, Villanueva sostiene que el realismo sería menos una cuestión de estilo y de convergencia de contenidos entre el texto y el mundo y más un cierto efecto estético producido en el público, lo que haría del realismo literario un fenómeno fundamentalmente pragmático y de recepción.

⁴ Villanueva define dicho término como aquel tipo de realismo “que todo lo fía a la existencia de una realidad unívoca anterior al texto ante la que sitúa la conciencia perceptiva del autor, escudriñadora de todos sus entresijos mediante una demorada y eficaz observación. Todo ello dará como resultado una reproducción veraz de aquel referente, gracias a la transparencia o adelgazamiento del medio expresivo propio de la literatura, el lenguaje, y a la ‘sinceridad’ del artista” (2015: 6).

temáticas y de estilo, el realismo decimonónico respondía también a una renovada actitud estética hacia la realidad. Afirma Lissorgues:

La cuestión del realismo no radica solo en la presencia de algún reflejo de lo real en la obra de arte, sino que depende del grado de atención y del papel que se le otorga a la realidad. Surge pues la orientación realista como fenómeno de época, con la conciencia colectiva de que la realidad *por sí sola* (es decir, no sometida a un proceso de idealización) merece ser objeto de arte. Con el discurso sobre el realismo entramos verdaderamente en una tendencia, una orientación, que abarca tanto la literatura como las bellas artes (Lissorgues, 1998: 4).

Sería en este aspecto (y no en aquel otro intuitivo, casi tautológico y en absoluto exclusivo del siglo XIX del realismo literario como representación fiel de la realidad) en el que Stendhal habría resultado un pionero. Su famosa definición de la novela como “un miroir qu'on promène le long d'un *chemin*” (Stendhal, 1955: 75) cobraría significado pleno en tanto que síntesis de esa mentalidad de época capaz de concebir las artes miméticas en ausencia total de idealización de lo imitado. Ahora bien, la culminación de este credo realista habría correspondido a autores como Balzac, Flaubert o Zola, pues la narrativa de Stendhal siempre arrastró una serie de características de la sensibilidad romántica anterior, en la que sí había cabida para la idealización. Esta naturaleza híbrida del realismo pionero de Stendhal habría sido bien descrita por Auerbach:

La literatura realista de Stendhal surgió de su desacomodo en el mundo posnapoleónico, de la conciencia de no pertenecer a él ni disponer en él de ningún lugar propio. El desacomodo en el mundo dado y la incapacidad de incorporarse a él son verdaderamente rousseauianos y románticos [...] El realismo de este *cheval ombrageux* es un producto de la lucha por la propia afirmación, con lo cual se explica que el nivel estilístico de sus grandes novelas realistas se aproxime mucho más al concepto antiguo, grande y heroico de lo trágico que al de la mayoría de los realistas posteriores: Julien Sorel es mucho más *héroe* que los personajes de Balzac y Flaubert” (Auerbach, 1996: 432-438).

Del Prado (1994: 791-858) también destaca esta circunstancia y sitúa las novelas de Stendhal en la paradójica categoría del “realismo romántico”, que abarcaría el periodo 1827-1847 y que también englobaría la obra de Balzac⁵. El rasgo fundamental de estas novelas sería la narración de una historia protagonizada por un personaje adornado con buena parte de las apasionadas virtudes del héroe romántico; un héroe que se enfrenta contra una sociedad hipócrita y mediocre en la que no encaja, y que por supuesto le es hostil, lo que en la mayoría de los casos desemboca en la muerte del protagonista (a veces bajo la forma del suicidio) o bien en el aplastamiento de su espíritu. En este sentido, los protagonistas de estas narraciones, como por ejemplo Julien Sorel en *Rojo y negro* (1830) o Lucien de Rubempré en *Ilusiones perdidas* (1836-1843) no se diferenciarían demasiado de los protagonistas de obras netamente románticas, como el protagonista del *René* (1802) de Chateaubriand o el de la novela *Las penas del joven Werther* (1774), de Goethe. Más recientemente otros autores como Collier (2020), Bauer (2020) o Wang (2020) han profundizado en la singular naturaleza del realismo de Stendhal⁶.

Sin embargo, como se ha afirmado más arriba, nuestro objetivo en este artículo es defender el carácter realista de la narrativa de Stendhal (en concreto, la de *Rojo y negro*) desde un prisma distinto a la perspectiva habitual, que le coloca como precursor del “realismo genético”. Nuestra intención es abordar la cuestión del realismo del autor desde la perspectiva de hasta qué punto la escritura stendhaliana remeda, en la clave ficcional que le es propia, las nuevas formas de creación de la realidad social que empezaban a imponerse a comienzos del siglo XIX en Francia. Para ello resulta imprescindible realizar una digresión teórica de cierta amplitud que aborde los conceptos de “documentalidad” y “gubernamentalidad liberal”.

3. Documentalidad y gubernamentalidad liberal

3.1. Documentalidad

El primer gran concepto en base al cual se analizará el realismo de Stendhal será el de “documentalidad”, acuñado y teorizado por el filósofo italiano Maurizio Ferraris, el gran representante de la corriente filosófica conocida como Nuevo realismo. En apretada síntesis, podría decirse que esta corriente surge contra los excesos

⁵ Cabe destacar que Prado no ha sido el primer autor que, para referirse a la prosa de Stendhal, le pone adjetivos al término *realista*. Ya a mediados del siglo XX Aragon se refirió a la estética del autor como “realismo crítico” (1954), mientras que Georges Blin, en un ensayo dedicado a la intensa penetración psicológica de la prosa stendhaliana, lo hizo en términos de “realismo subjetivo” (1958).

⁶ Collier retoma y amplía el estudio clásico de Blin (1958) en el que se defiende a tesis de que realismo de Stendhal se cifra fundamentalmente en el verismo con que el autor refleja la psicología y los estados subjetivos profundos de sus personajes novelescos. Bauer aborda la cuestión del realismo stendhaliano desde un punto de vista paradójico, el de la imagen social falsa que muestra Sorel a lo largo de la novela con el objeto de ir ascendiendo puestos en la jerarquía social. Wang, por su parte, estudia el modo en que el autor hace uso de ciertas figuras retóricas (metáfora, inversión, oxímoron, etc.), y que lejos, de corresponderse con ligerezas formales que pudieran socavar el carácter realista del texto, permiten reforzarlo, ya que en opinión de la autora a través de dichas figuras se logra penetrar y reflejar niveles más profundos de la realidad.

de un pensamiento postmoderno que, en su afán relativista, habría llegado a poner en duda no solo la posibilidad de una verdad objetiva y universal, sino incluso la posibilidad misma de su condición de posibilidad, esto es, la de la existencia de una realidad comprobable y ajena a las imposiciones ideológicas. Según Ferraris, este pensamiento, abanderado por autores como Baudrillard (1978) o el primer Foucault (2006), sostendría que la realidad no sería en último término sino un constructo ideológico creado por los grupos dominantes, y por tanto un estado de cosas arbitrario, artificial y, en último término, infinitamente manipulable. La realidad, de este modo, sería algo tan mediado y dependiente de los esquemas ideológicos que podría cambiarse simplemente realizando un ejercicio de descreimiento emancipador.

El pensador italiano resume esta forma de pensar como una inversión de la jerarquía entre ontología (“lo que hay”) y epistemología (“lo que sabemos a propósito de lo que hay”) (2012: 29), y se muestra en desacuerdo con ella. Lo real en ningún caso sería tan arbitrario y manipulable como pretenderían ciertos pensadores postmodernos. Sin embargo, Ferraris advierte que el conjunto de lo real no se constituye de una única forma. Un objeto como una roca no se constituye como real de igual forma que un objeto abstracto, incorpóreo y fruto de una convención social cambiante, como por ejemplo una hipoteca bancaria.

En este sentido, el filósofo italiano distingue entre tres tipos de objetos que compondrían lo real (2005: 90-91). Por un lado estarían los objetos físicos, que englobarían tanto los de tipo natural (montañas, ríos, cuerpos humanos y animales) como los de tipo artificial (edificios, coches, sillas, destornilladores) y que existirían plenamente en el espacio y en el tiempo con total independencia de cualquier esquema conceptual humano. En segundo lugar estarían los objetos ideales (números, teoremas, formulaciones matemáticas, etc.) que existirían fuera del espacio y del tiempo, y que, si bien mantendrían su vigencia con independencia de cualquier percepción humana, sólo conocerían una verdadera existencia gracias a ella. Y por último estarían los objetos sociales (contratos, matrimonios, deudas, reconocimientos sociales, títulos académicos, obligaciones legales, estados financieros, etc.), que, aunque deberían su existencia enteramente a la acción de algún tipo de proyección mental, y por más que sus lógicas constitutivas puedan ser variables y e incluso puedan obedecer a normas ilógicas, no serían desde luego abstracciones subjetivas sin un sólido anclaje.

Los primeros, dada su materialidad explícita y comprobable, y los segundos, dada su naturaleza a menudo irrefutable, no son objeto prioritario de la reivindicación realista de Ferraris. Pero esto sí lo serían los objetos sociales, cuya mezcla constitutiva entre ontología y epistemología los haría mucho más susceptibles de ser objeto de especulaciones relativistas. En efecto, no habría diferencias físicas, tangibles, inequívocas, irrevocables y *a priori* entre un casado, un divorciado, un viudo y un soltero; y algo similar podría decirse entre un catedrático de neurobiología y un carpintero, o entre un ciudadano arruinado y otro inmensamente rico. Si bien es cierto que antes o después habría una serie de diferencias materiales entre los diferentes tipos mencionados, estas solo se generarían a partir de una circunstancia de inicio, su condición social, que no dejaría de ser producto de un conjunto de convenciones culturales por definición relativas, discutibles y variables. Dado que la diferencia entre el presidente de la república y un peón de albañil no es ontológica, sino socio-cultural, esto activaría el citado relativismo construccionista potencialmente infinito con respecto a lo social que Ferraris le reprocha a ciertos pensadores postmodernos.

¿Cuál sería, entonces, la solución de Ferraris para sustentar la realidad, el carácter no relativo y por tanto no infinitamente manipulable de todos estos objetos sociales que, en efecto, son fruto de convenciones culturales variables, y que sin embargo determinan en gran medida la realidad social? Es aquí donde entra en juego su teoría de la documentalidad, que serviría para desenrollar y ordenar la compleja madeja entre lo empírico y lo cultural, entre ontología y epistemología, de que se componen buena parte de nuestra realidad social. El núcleo constitutivo de esta teoría sería el axioma que establece que un objeto social equivale a un acto inscrito. Dice Ferraris:

La ley constitutiva de los objetos sociales es *Objeto = Acto inscrito*. Vale decir que un objeto social es el resultado de un acto social (capaz de involucrar por lo menos a dos personas, o un instrumento y una persona) que se caracteriza por quedar registrado en un pedazo de papel, en un archivo de computador, o solo en la cabeza de las personas implicadas en el acto. Lo que propongo bajo el título de la “documentalidad” es así un “textualismo débil” (que es también un “construccionismo débil”): débil porque supone que las inscripciones son decisivas en la construcción de la realidad social pero, contrariamente de lo que se puede definir como “textualismo fuerte” practicado por los postmodernos, excluye que las inscripciones sean constitutivas de la realidad *en general* (Ferraris, 2012: 78).

Según este planteamiento, la diferencia entre el soltero y el casado ya no sería una convención social más o menos arbitraria y variable, sino la existencia (o no existencia) de un registro documental válido en el que efectivamente se certificase la soltería o el matrimonio de un determinado ciudadano. Desde este punto de vista también se podría explicar, aunque de una forma más compleja, las múltiples diferencias que existirían entre un catedrático y un estudiante de secundaria, o entre un refugiado político y el ministro del Interior. Y, del mismo modo, también quedaría explicada la realidad flagrante de entidades abstractas como obligaciones legales o estados contables. Según Ferraris, la definición de los objetos sociales como inscripciones de actos supone una “fijación de relaciones” que hace que dichos objetos accedan “a la dimensión de la objetividad justamente a través del registro” (2012: 80). E incluso va un paso más allá al reformular el famoso aserto de Derrida según el cual no existe nada fuera del texto (“*Il n’y a pas de hors-texte*” [2012: 202]) y sostener, en virtud de esta teoría, que “nada social existe fuera del texto” (2012: 79).

3.2. Gubernamentalidad liberal

El segundo gran concepto extraliterario que guiará nuestro análisis sobre el realismo de Stendhal será el de *gubernamentalidad liberal*, desarrollado por Foucault. Según expuso el pensador francés en la lección cuarta de su curso anual en el Collège de France, *Seguridad, territorio, población* (1977-1978), uno de los hechos que habrían determinado el inicio de la modernidad política a partir del siglo XVIII (y que se habría consolidado a comienzos del XIX) habría sido el reordenamiento de las lógicas fundamentales que guiaban el ejercicio del poder en torno a los conceptos de *población y economía*. Con anterioridad al siglo XVIII existía un modelo social basado en la exterioridad del poder frente a su objeto de aplicación. La entera lógica del poder estaba enfocada al objetivo de salvaguardar el *statu quo* soberano en el que dicho poder se manifestaba, de manera que las instituciones tenían como objetivo fundamental el cumplimiento de sus propias leyes (unas leyes siempre dirigidas a cumplir algún tipo de fin no pragmático, como “hacer aceptable en la ciudad de los hombres la ley de Dios” [Foucault, 2009: 187]). Pero según el autor, a lo largo del siglo XVIII se habría ido dando paso a un modelo en el que el poder ya no se constituía como fin en sí mismo, que ya no tenía un carácter de radical exterioridad para con el objeto de su acción, que no tenía ningún carácter teleológico concreto, y en el que de modo general todo se circunscribía a una idea de gestión pragmática de los recursos del Estado. El gran cambio de paradigma con respecto a las lógicas del poder habría consistido, pues, en pasar del poder como habilidad para mantener el dominio sobre un territorio y unos habitantes, y cuyo principal texto teórico sería *El príncipe* de Maquiavelo, al verdadero “arte de gobernar” (2009: 193 y ss.).

Y en este nuevo contexto el recurso máspreciado de que dispondrá esta nueva racionalidad del poder será la población, sobre la que ahora deberá ejercerse no una simple dominación, sino una gestión “económica”. Una gestión que habrá que entender como “la manera de administrar como es debido a los individuos, los bienes y las riquezas” con una atención, eficacia y meticulosidad análoga a la que aplica un cabeza de familia con los suyos (2009: 196). Con el paso del tiempo este proceso se habría acrecentado, y si en el siglo XVI el término *economía* designaba una forma particular de gobernar frente al predominio de cualesquiera soberanías de raigambre metafísica, en el siglo XVIII la economía habría adquirido ya su significado moderno de ámbito social separado y autónomo, de “nivel de realidad” (2009: 197). Todo ello habría dado lugar a lo que Foucault denomina “Razón de Estado”, por lo que sin embargo no entendía el significado contemporáneo, es decir, el del conjunto de razones que justifican que se desprecien los derechos individuales en favor de un beneficio colectivo superior. En lugar de ello, dicho concepto será para Foucault la constatación del Estado como un ente con su propia naturalidad, su propia racionalidad y con sus propios mecanismos internos, cuyas manifestaciones obedecen a lógicas propias no reducibles o deducibles de leyes naturales o divinas. La gubernamentalidad, pues, será la inscripción en el poder de una nueva racionalidad política que, más allá de los esquemas de soberanía, y más allá también de la acción directa sobre los individuos (lo que Foucault denomina “disciplina”), se aplicará a través de la gestión económica y economizante de los recursos del Estado, incluyendo el máspreciado de ellos: su población.

Para Foucault la primera sanción de esta nueva forma de ejercer el poder fue la corriente mercantilista, y sin embargo no sería hasta mediados del siglo XVIII cuando conocería su primera realización auténticamente plena, a la que ya cabría llamar “gubernamentalidad liberal”. El liberalismo, como explica Foucault en su seminario del año siguiente, *Nacimiento de la biopolítica*, es la tendencia general del Estado a limitar voluntariamente sus intervenciones, los poderes de intervención de los que dispone en función de la autonomía y suficiencia que para consigo mismo le otorgaba el pensamiento de la Razón de Estado. Frente al esquema de la soberanía, con el que convive, y que hacía de la vigencia y fortalecimiento del Estado un fin en sí mismo, el liberalismo está presidido por la idea de que siempre se corre el peligro de gobernar demasiado. Esta nueva forma de ver las relaciones sociales en cierto modo “hace caducar” la noción de un poder soberano, y que desde luego convierte en un oxímoron la idea de “soberano económico”, pues el nivel de realidad de la economía ha adquirido tal dimensión que toda gestión colectiva debería supeditarse a sus propios principios internos (2007: 327-332). Unos principios en los que destacan la generalización y primacía a todos los niveles de los preceptos de la racionalidad económica y, por encima de todo, el establecimiento del mercado como “lugar de veredicción” de toda acción política, social o, inclusive, individual (2007: 64).

4. El realismo inscriptor de Stendhal

Una vez descritos los conceptos anteriores, defenderemos ahora su pertinencia a la hora de analizar la construcción de la perspectiva realista de *Rojo y negro*. Como se ha afirmado anteriormente, la tradicional consideración de Stendhal como precursor del realismo se debe a que, a pesar de que su narrativa se encuentra aún anclada a ciertas formas románticas (que básicamente afectan a la construcción del personaje protagonista), sus novelas participan de muchos de los rasgos básicos de la escuela realista decimonónica.

Partiendo de esta base, nuestra tesis es que el realismo de Stendhal consiste también en el reflejo ficcional de los nuevos modos de construcción de la realidad social. Así, y de forma adicional al hecho de adelantar muchos de los rasgos de escritura del realismo posterior, el realismo stendhaliano consistiría en la recreación novelesca de cómo se manifestaban unos nuevos “actos inscritos” que, más allá de lo puramente material, articulaban una sociedad, la sociedad francesa de la Restauración borbónica, en trance de volverse contemporánea, es decir, en trance de entrar en la era de la gubernamentalidad liberal. Esto implicaría el paso gradual desde el contexto del Antiguo Régimen, en el que predominaban los actos inscritos de raíz metafísica (genealogías nobles, tradiciones del pasado, gestas heroicas,

preceptos religiosos, etc.) a un nuevo escenario caracterizado por actos inscritos (rentas anuales, balances contables, contratos, etc.) que tenían como referencia y legitimación última la lógica económica y economizante de la pujante burguesía. Una burguesía que abogaba por el establecimiento definitivo de la economía como “nivel de realidad” y del mercado como “lugar de veredicción” de toda interacción social. Y la clave estaría en que nadie mejor que Stendhal, que a lo largo de toda su vida solo tuvo trabajos de inscriptor de hechos casi siempre relacionados con la esfera económica, para narrar de manera informada y realista esta nueva realidad social en ciernes.

4.1. Los oficios de Stendhal como inscriptor de realidades

Empecemos por esto último. Existen innumerables estudios y comentarios que destacan el poderoso reflejo de la vida de Stendhal en su obra novelesca. Esto iría desde pequeñas anécdotas reales que aparecen ficcionalizadas en sus obras⁷ a elementos estructurales como el hecho de que el carácter vehemente, torturado y enamorado que se trasluce en sus cartas, diarios y textos autobiográficos se corresponden perfectamente con el que manifiestan sus protagonistas ficcionales. Ahora bien, a lo que comparativamente se le ha prestado poca atención es al impacto en sus ficciones que pudieron tener los múltiples oficios que desempeñó a lo largo de su vida, y cuyo denominador común fue la tarea de ejecutar y sancionar actos inscritos, casi siempre de índole económica. Se trataría de algo que, si damos crédito a la teoría de la documentalidad de Ferraris, le convertiría en una suerte de *sancionador de realidades*. En alguien que, si bien no podría en absoluto construir la realidad con la misma libertad con la que lo haría un narrador novelesco, sí que le aportarían desde luego un gran conocimiento sobre cómo funcionaban los procesos documentales que ya en su tiempo empezaban a conformar la realidad social. Y esto le colocaría en una posición privilegiada para hacer un retrato ficcional realista de dicha sociedad.

Sin poder entrar en mayores detalles por cuestiones de espacio (aunque también por lo bien conocida que resulta la biografía del autor), enumeramos a continuación los trabajos realizados por Stendhal, más allá de sus desempeños literarios⁸: secretario asignado a tareas de intendencia en el Ministerio de la Guerra; ayudante de campo del general Michaud (cargo que alcanzó tras ser ascendido a subteniente de dragones); oficinista en el negocio de exportación de ultramarinos Meunier y Compañía, en Marsella; oficial de intendencia en la campaña de Alemania; oficial de intendencia en la campaña de Austria; auditor del Consejo de Estado; inspector de mobiliario y edificios de la Corona; oficial de intendencia en la campaña de Rusia; oficial de intendencia durante el repliegue militar francés en las localidades de Sagan (Silesia) y Carouge (Suiza); corresponsal literario en París de diversos periódicos ingleses; cónsul de Francia en Trieste y cónsul de Francia en Civitavecchia.

Y a ello habría que añadirle una nómina casi igual de extensa de oficios y cargos que pudo desempeñar, para los que se ofreció o para los que fue recomendado, pero que finalmente pasaron de largo: comisario de guerra adscrito a tareas de intendencia; banquero en Marsella; prefecto (ver Azimi, 2015); director de abastecimientos de París tras la caída de Napoleón; cónsul en Nápoles (o en cualquier ciudad italiana que se adecuara a su gusto); archivero de la policía de París; archivero en el Archivo Nacional, y por último, auxiliar de la Biblioteca Real.

Todos estos empleos (y perspectivas fallidas de empleo) tendrían como denominador común la actividad de inscripción, sanción y certificación como real de estados de cosas sociales, casi siempre relativos a la esfera económica. Todos consistirían, en mayor o menor medida, en la puesta por escrito de datos que, por el mero hecho de figurar en documentos, y a pesar de que bien podrían no corresponder con estados de cosas empíricamente materiales, su mera inscripción les daría cuando menos carta de realidad. Los documentos de intendencia militar que reflejaban necesidades y situaciones logísticas concretas, los balances contables de un negocio de importación de ultramarinos, los inventarios del mobiliario de la corona, la información periodística sobre las novedades literarias francesas, el registro de las importaciones y exportaciones, que es en lo que básicamente consistía su tarea de cónsul en Italia... La realidad social en la que se movía Stendhal estaba conformada por decenas de millones de documentos como esos. Unos documentos que, a pesar de que eran inmateriales más allá de su inscripción gráfica, conformaban la realidad de una forma quizá más intensa que muchos objetos empíricamente reales. El autor conocía de sobra, y desde múltiples atalayas, esta forma nueva de configurarse la realidad del siglo XIX. Y el hecho de que *Rojo y negro* esté sembrado de menciones y descripciones de este tipo de actos documentales, como veremos en los próximos párrafos, podría considerarse un indicio de este realismo inscriptor de su escritura.

4.2. Inscripciones realistas en *Rojo y negro*

Más allá de estas circunstancias biográficas, y en consonancia con la tesis que se ha defendido, distinguiremos dos grandes vertientes del realismo en *Rojo y negro*: una a un nivel argumental general y otra referida a la narración de situaciones concretas.

⁷ En este sentido resulta especialmente conocida el detalle de la falta de ortografía que Julien Sorel comete en sus primeros momentos en París, cuando escribe “cella” en lugar de “cela”, lo que le vale el comentario desdeñoso del señor De La Mole (Stendhal, 1955: 244). Se trataría de una leve ficcionalización del idéntico suceso biográfico que le ocurrió en sus primeros días como administrativo en el Ministerio de Guerra, y que le valió la reprobación de su primo Noël Daru (Stendhal, 1913: 132).

⁸ Para toda la información sobre la vida el autor hemos tomado como referencia las biografías de Martineau (1965) y Bergés (1983).

En lo que respecta al primer nivel, queremos destacar la definición que Levin hizo del conjunto de la obra, a la que describió como la “tragedia de la reacción” (1974: 143). Con este término el crítico no se refería solo al reflejo del proceso estrictamente político que se narra en la obra (sobre todo en los capítulos XXI a XXIII de la segunda parte), el del progresivo debilitamiento del régimen de la Restauración que en 1830 daría paso a la llamada Monarquía de Julio, de corte liberal. También se refería al consecuente retroceso de una serie de valores aristocráticos propios del Antiguo Régimen que en buena medida encarnaría Sorel, a pesar de su origen humilde y de su reiterada admiración por Napoleón. De este modo, el gran enemigo de la reacción, lo que habría terminado produciendo su caída, no habrían sido las fuerzas liberales, siempre dispersas. La verdadera causa habría sido el advenimiento de esa nueva lógica vertebradora del poder, de esa gubernamentalidad liberal que habría socavado los cimientos ideológicos y espirituales del Antiguo Régimen de una forma mucho más eficaz que sus enemigos explícitos. La Restauración borbónica no habría conseguido restablecer el estado de cosas anterior a 1789, y en el desorden de esos años habrían surgido personajes como monsieur de Rênal, pero especialmente otros como Valenod, que habrían prosperado en medio de un nuevo contexto social cada vez más indiferente a los valores tradicionales y cada vez más volcado hacia lo económico. Y la clave es que esta primacía de lo económico no sólo iría en contra de los privilegios de sangre de la nobleza, sino que también resultaría antagónico con respecto a los desmedidos aires de grandeza de Sorel. Unos aires de grandeza que, contraviniendo claramente el signo de los tiempos, pasaban no por *poseer*, sino por *ser*.

Así, podría interpretarse *Rojo y negro* como la historia de la inadaptación de Sorel a un mundo cada vez más rendido al poder del dinero. Una inadaptación que sería incluso más intensa que en el caso de personajes que en teoría deberían estar más identificados con la reacción como el marqués de La Mole, su hija Mathilde o el abate Pirard, que en diversos momentos de la narración demuestran un acomodo absolutamente pragmático al mundo materialista en que viven. Pero Sorel (al que en puridad ni siquiera podría considerarle un trepador social, a tenor de sus comportamientos imprudentes que demuestra en casa de los Rênal y del marqués) vive de espaldas al dinero y al nuevo rol central de este a la hora de articular lo real. No reconoce el talento que hace falta para acumularlo, y desprecia el reconocimiento social que conlleva la mera riqueza⁹. El empeño que otros personajes ponen en el dinero él lo deposita en mantenerse a la altura de sus desmedidos aires de grandeza, por más que estos le acaben llevando a la guillotina. Esto explica comportamientos como su indignación cuando el señor de Rênal pretende mantenerle como tutor de sus hijos subiéndole el sueldo; que rechace la oferta de asociarse con Fouqué en su próspero negocio maderero, o que decline la oferta del conde Korasoff de casarse con una prima suya y con ello garantizarse la prosperidad material en Rusia. Sin embargo, su comportamiento más revelador en este sentido tiene lugar cuando ya al final de la novela se encuentra en la cárcel a la espera de ser ejecutado. Allí no solo desdeña los planes de fuga que le ofrecen tanto Mathilde como Fouqué, sino que declina siquiera colaborar en las estrategias judiciales que podrían librarlo de la muerte. El único momento en toda la novela en que transige avenirse a la lógica económica es cuando acepta el arreglo del marqués de La Mole para aceptar 10.000 francos al año y un rango nobiliario (aunque no es menos cierto que esta aceptación es casi inmediatamente anterior a su intento de asesinato de madame de Rênal, un hecho que acaba con toda su fortuna económica y social). El episodio último, cuando Sorel es mandado ejecutar por un tribunal presidido por el burgués Valenod, sería la metáfora perfecta de esta inadaptación de Sorel a las lógicas económicas que rigen el nuevo mundo.

En lo que respecta al segundo nivel en que se manifiesta el realismo inscriptor de Stendhal, cabe decir que la novela está llena de sucesos y descripciones concretos que lo ejemplifican. En las primeras páginas, la descripción de la bella ciudad de Verrières está salpicada de frases (“Cette vue fait oublier au voyageur l’atmosphère empestée des petits intérêts d’argent dont il commence à être asphyxié” [1 I, 1955: 3])¹⁰; “Voilà le grand mot qui décide de tout à Verrières : RAPPORTER DU REVENU. À lui seul il représente la pensée habituelle de plus des trois quarts des habitants” [1 II, 1955: 7], etc.) que ya muestran el antagonismo del narrador (compartido por Sorel y por el propio Stendhal) hacia este nuevo orden social.

Este mismo antagonismo también se aprecia en las caracterizaciones adversas que el narrador realiza de personajes que muestran una gran preocupación por el dinero, como la descripción inicial que se hace de monsieur de Rênal (“On sait enfin que le talent de cet homme-là se borne à se faire payer bien exactement ce qu’on lui doit, et à payer lui-même le plus tard possible quand il doit” [1 I, 1955: 2]); el retrato que se hace de los seminaristas de Besançon (“Au moment où on les dépouillait de leur veste de ratine pour leur faire endosser la robe noire, leur éducation se bornait à un respect immense et sans bornes pour l’argent sec et liquide, comme on dit en Franche-Comté” [1 XXVI, 1955: 184]), o el comentario de Julien sobre el joven aristócrata Croisenois, que no deja de pretender a Mathilde de la Mole pese a sus desprecios (“Il faut que ce jeune homme aime fureusement l’argent pour ne pas planter le cette fille, si riche qu’elle soit” [2 XIII], 1955: 321), etc. También se manifiesta como fórmula descriptiva recurrente en la novela, desde la tendencia de la narración a detenerse en detalles económicos (cuantía de la renta anual de ciertos personajes, detalles sobre costes de ceremonias, pro-

⁹ En su obra *Money and fiction. Literary Realism in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries*, John Vernon afirma a este respecto que “Julien Sorel’s ambition for greatness in *Le rouge et le noir* is flawed because (without noble blood) he fails to conceive of it as financial greatness, an oversight novelist later in the century will correct” (1984: 51).

¹⁰ En las próximas citas se referirá en número arábigo la parte (primera o segunda) a la que pertenece el fragmento señalado, el capítulo con números romanos y finalmente la página de la edición que aparece en la bibliografía.

yecciones sobre costes y beneficios de ciertas actividades, etc.) a descripciones de caracteres, como el reproche que Sorel se hace a sí mismo a propósito del tipo de intenciones que al comienzo de la historia guían a madame de Rênal: “Il n’y a qu’un sot, se dit-il, qui soit en colère contre les autres : une pierre tombe parce qu’elle est pesante. Serai-je toujours un enfant ? Quand donc aurai-je contracté la bonne habitude de donner de mon âme à ces gens-là juste pour leur argent?” (I XII, 1955: 70).

En la novela, por ejemplo, se ridiculiza el hecho de que cuando Sorel visita la casa de Valenod este no deja de nombrar el precio de todos los muebles y objetos de valor. Nuestra tesis es que con ello Stendhal no solo estaría replicando en un plano ficcional una práctica que probablemente fuera habitual en los ambientes burgueses de la época. De manera simultánea, la obra estaría reflejando el nuevo modo de construir la realidad social en el que el antiguo eje ordenador, la posición social de nacimiento, había sido desplazado por el hecho de la mera posesión de riquezas, una condición basada en el registro documental. Esto supondría, en primer lugar, la constatación de esa nueva gubernamentalidad liberal que a la hora de articular lo social despreciaba los principios metafísicos e instauraba una lógica economizante en la que el mercado era la instancia suprema de determinación lo real. Y, en segundo lugar, esto habría supuesto la generalización de una serie de documentalidades (balances contables, registros de propiedad, contratos, el propio papel-moneda, que en aquellos comienzos del siglo XIX ya se había universalizado) que pasaron a ser los emblemas de esta nueva lógica de generación de lo real-social (y que están muy presentes a lo largo de toda la obra). Gran parte de los conflictos que a lo largo de la historia protagoniza Sorel tienen que ver con el hecho de su aristocratismo espiritual le impide encajar en ese nuevo tiempo, un tiempo ciego a unas cualidades que ni caben en registros ni nada tienen que ver con el dinero.

5. Conclusiones

El capítulo XII del libro segundo comienza con un pasaje que reproduce el pensamiento de Mathilde de La Mole en un momento en el que esta, rendido ya su orgullo, decide entregarse por completo a su amor por Julien: “Entre Julien et moi il n’y a point de signature de contrat, point de notaire; tout est héroïque, tout sera fils du hasard” (II XII, 1955: 454). Estas dos frases expresan con rotundidad el estado de enamoramiento de Mathilde, y resumen también en cierto modo uno de los elementos fundamentales de la obra: la descripción de eso que Fátima Gutiérrez denomina “dinámica heroica” (2021: 22), y que en efecto se correspondería con el poso romántico presente en las novelas del autor. Sin embargo, en nuestra opinión, dicho fragmento también ilustraría de forma precisa el tipo de realismo que revestiría la narración de *Rojo y negro*, y que, como se ha afirmado, consistiría en buena medida en reflejar un mundo en el que la realidad social empezaba a configurarse en función de lógicas y documentalidades diferentes.

Así, el rechazo de Mathilde a las firmas, los contratos y los notarios es también el rechazo al advenimiento de un nuevo orden social donde la realidad iba a estar articulada por registros de índole fundamentalmente económica. Y eso es algo de lo que ella, una aristócrata tradicionalista que fantasea con el heroísmo de sus antepasados, se quiere alejar a toda costa. Esta hostilidad a una sociedad configurada en función de coordinadas económico-burocráticas, además, no se limita al deseo de mantener los privilegios de la nobleza. Se manifiesta de forma aún más clara en el desprecio que Mathilde demuestra en todo momento hacia la mediocridad, la previsibilidad, la estrechez de miras, el provincianismo, el cálculo mezquino y otras tantas facetas que pasan por ser enseñanzas de la nueva clase social dominante, la burguesía, y que van a sustentarse y sustanciarse precisamente en toda esta nueva documentalidad. La novela refleja un mundo en el que las gestas de los antepasados y los títulos de nobleza están dando paso de forma acelerada a los balances contables. E incluso podría afirmarse que la novela va más allá al reflejar un mundo en el que todo de lo que no puede dar fe un registro no tiene verdadera cabida. La ambición de Julián, sus desmedidas ansias de grandeza, el resto de atributos que logran enamorar a Mathilde... Nada de eso puede reflejarse en alguno de los documentos que construyen el nuevo tiempo; nada de eso, en cierto modo, va a ser del todo real en el mundo incipientemente capitalista y burocratizado que surgirá de las cenizas del absolutismo.

Este pensamiento de Mathilde sintetiza la perspectiva de análisis que hemos tratado de defender hasta aquí. El realismo de *Rojo y negro* residiría, además de en su concordancia con los rasgos clásicos del realismo literario del XIX, en la capacidad de Stendhal de crear una ficción que reflejara los nuevos procesos socioeconómicos que establecían la realidad social. Su realismo, por tanto, no se cifraría solo en un mimetismo explícito (eso ya existía mucho antes del nacimiento del autor), sino en un retrato profundo del nuevo modo de concebir y construir lo real que se asentó en el primer tercio del siglo XIX.

Esta suerte de metarrealismo (reflejar la realidad social y reflejar también los modos de su nueva génesis) conformaría, en nuestra opinión, gran parte de la novedad literaria que supuso Stendhal. Desde esta perspectiva, además, el elemento autobiográfico de *Rojo y negro* no se limitaría a las correspondencias personales concretas entre Stendhal y Sorel. También implicaría, aunque de una forma menos explícita, el modo en que los múltiples trabajos de incriptor del autor le otorgaron una posición privilegiada para llevar a cabo esta particular mirada literaria sobre cómo estaban cambiando los modos de conformación de lo real. Y todo ello le terminaría erigiendo en el gran precursor del realismo literario moderno.

Referencias bibliográficas

- Aragon, L., (1954) *La Lumière de Stendhal*. París, Denoël.
- Auerbach, E., (1996) *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Azimi, V., (2015) “Stendhal: candidat à une préfecture” in *Historia et ius*. Nº 7, pp. 1-6.
- Baudrillard, J., (1978) *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairós.
- Bauer, L., (2020) “Réalité trompeuse — Mentir-vrai dans *Le Rouge et le Noir*. L’ascension sociales de Julien Sorel” in *HB, revue internationale d’études stendhaliennes*. Nº 24, pp. 123-134.
- Becker, G. J. (ed.), (1967) *Documents of Modern Literary Realism*. Princeton, Princeton University Press.
- Bergés, C., (1983) *Stendhal y su mundo*. Madrid, Aguilar.
- Blin, G., (1958) *Stendhal et les problèmes de la personnalité*. París, Corti.
- Collier, F., (2020) “Retour à la « catégorie du ‘réel’”. La problématique philosophique de Georges Blin” in *HB, revue internationale d’études stendhaliennes*. Nº 24, pp. 25-58.
- Del Prado, J., (1994) *Historia de la literatura francesa*. Madrid, Cátedra.
- Ferraris, M., (2005) *Dove sei? Ontologia del telefonino*. Milán, Bompiani.
- Ferraris, M., (2012) *Manifiesto del nuevo realismo*. Santiago de Chile, Ariadna.
- Foucault, M., (2006) *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI.
- Foucault, M., (2007) *Nacimiento de la biopolítica*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M., (2009). “La ‘gubernamentalidad’” in G. Giordi & F. Rodríguez (eds.), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires/Barcelona/México, Paidós, pp. 187-215.
- Gutiérrez, F., (2021). “Introducción” in Stendhal, *Rojo y negro*, edición de Fátima Gutiérrez, Madrid, Cátedra, pp. 7-58.
- Levin, H., (1974) *El realismo francés*. Barcelona, Laia.
- Lissourges, Y., (1998) “El realismo. Arte y literatura, propuestas técnicas y estímulos ideológicos” in García de la Concha, V. (dir.) & y L. Romero Tobar (ed.), *Historia de la literatura española*. Vol. 9: “Siglo XIX”, pp. 3-10.
- Martineau, H., (1965) *Le cœur de Stendhal. Histoire de sa vie et de ses sentiments*. París, Albin Michel.
- Stendhal, (1913) *Vie de Henry Brulard. Tome Second*. París, Honoré Champion.
- Stendhal, (1927) *Racine et Shakespeare*. París, Librairie Hatier.
- Stendhal, (1955) *Le rouge et le noir. Chronique du XIX^e siècle*. París, Garnier.
- Stendhal, (2001) *Rojo y negro*. Traducción prólogo y notas de Consuelo Bergés. Madrid, Aguilar.
- Vernon, J., (1984). *Money and fiction. Literary Realism in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries*. Londres/Ithaca, Cornell University Press.
- Villanueva, D., (2004) *Teorías del realismo literario*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Villanueva, D., (2015) “Realismo” in Garrido Gallardo, M. Á. (dir.), *Diccionario español de términos literarios internacionales* [En línea]. Disponible en http://www.proyectos.cchs.csic.es/detili/sites/default/files/Realismo_0.pdf [Último acceso el 30 de junio de 2022]
- Wang, S., (2020) “La surprise dans une phrase : réalisme et saugrenu chez Stendhal” in *HB, revue internationale d’études stendhaliennes*. Nº 24, pp. 109-122.